

¿PORQUÉ UN JUBILEO DE LA MISERICORDIA?

¿Qué significa esto?



La Iglesia tiene necesidad de este momento extraordinario. No digo: es bueno para la Iglesia este momento extraordinario. Digo: la Iglesia **necesita** este momento extraordinario. En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, **haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios**. Y el Jubileo es un tiempo favorable para todos nosotros, para que **contemplando la Divina Misericordia**, que supera todo límite humano y resplandece sobre la oscuridad del pecado, lleguemos a ser testigos más convencidos y eficaces.

Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados de misericordia, **significa orientar la atención hacia el contenido esencial del Evangelio: Jesús**, la Misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del Amor de Dios. Celebrar un Jubileo de la Misericordia equivale a **poner de nuevo en el centro** de nuestra vida personal y de nuestras comunidades lo específico de la fe cristiana, es decir Jesucristo, el Dios misericordioso.

Un Año santo, por lo tanto, para vivir la misericordia. Sí, queridos hermanos y hermanas, este Año santo se nos ofrece para **experimentar en nuestra vida el toque dulce y suave del perdón de Dios**, su presencia junto a nosotros y su cercanía sobre todo en los momentos de mayor necesidad. Este Jubileo, en definitiva, es un momento privilegiado **para que la Iglesia aprenda a elegir únicamente «lo que a Dios más le gusta»**. Y, ¿qué es lo que «a Dios más le gusta»? **Perdonar a sus hijos**, tener misericordia con ellos, **a fin de que ellos puedan a su vez perdonar a los hermanos**, resplandeciendo como antorchas de la misericordia de Dios en el mundo. Esto es lo que a Dios más le gusta.

San Ambrosio, en un libro de teología que había escrito sobre Adán, toma la historia de la creación del mundo y dice que Dios cada día, después de crear cada cosa —la luna, el sol o los animales— dice: «Y vio Dios que era bueno». Pero cuando hizo al hombre y a la mujer, la Biblia dice: «**Vio que era muy bueno**». San Ambrosio se pregunta: «¿Por qué dice “muy bueno”? ¿Por qué Dios está tan contento después de la creación del hombre y de la mujer?». **Porque al final tenía alguien a quien perdonar.** Es hermoso esto: **la alegría de Dios es perdonar**, la esencia de Dios es misericordia. **Por ello en este año debemos abrir el corazón, para que este amor, esta alegría de Dios nos colme a todos con esta misericordia.** El Jubileo será un «tiempo favorable» para la Iglesia si aprendemos a elegir «lo que a Dios más le gusta», sin ceder a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. **Nada es más importante que elegir «lo que a Dios más le gusta», es decir su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias.**

Las palabras del Génesis nos remiten a la experiencia cotidiana de nuestra existencia personal. **Siempre existe la tentación de la desobediencia**, que se manifiesta en el deseo **de organizar nuestra vida al margen de la voluntad de Dios.** Esta es la enemistad que insidia continuamente la vida de los hombres para oponerlos al diseño de Dios. Y, sin embargo, también **la historia del pecado se comprende sólo a la luz del amor que perdona.** Si todo quedase relegado al pecado, seríamos los más desesperados de entre las criaturas, mientras que la promesa de la victoria del amor de Cristo encierra todo en la misericordia del Padre.

Este Año Extraordinario **es también un don de gracia.** Entrar por la puerta significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno. **Es Él el que nos busca.** Es Él el que sale a nuestro encuentro. Será un año para crecer en la convicción de la misericordia. **¡Cuánto se ofende a Dios y a su gracia cuando se afirma sobre todo que los pecados son castigados por su juicio, en vez de destacar que son perdonados por su misericordia!** (cf. san Agustín, De praedestinatione sanctorum 12, 24). **Debemos anteponer la misericordia al juicio** y, en cualquier caso, el juicio de Dios tendrá lugar siempre a la luz de su misericordia. Que el atravesar la Puerta Santa, por lo tanto, haga que nos sintamos partícipes de este misterio de amor. Abandonemos toda forma de miedo y temor, porque no es propio de quien es amado;

vivamos, más bien, la alegría del encuentro con la gracia que lo transforma todo.

Quizá nosotros nos preguntamos: «¿Por qué nos deberíamos convertir? La conversión concierne a quien de ateo se vuelve creyente, de pecador se hace justo, pero nosotros no tenemos necesidad, ¡ya somos cristianos! Y entonces estamos bien». Pensando así, no nos damos cuenta de que **es precisamente de esta presunción que debemos convertirnos —que somos cristianos, todos buenos, que estamos bien—**: de la suposición de que, en general, va bien así y no necesitamos ningún tipo de conversión. Pero preguntémonos: ¿es realmente cierto que en diversas situaciones y circunstancias de la vida tenemos en nosotros los mismos sentimientos de Jesús? ¿Es verdad que sentimos como Él lo hace? Por ejemplo, cuando sufrimos algún mal o alguna afrenta, ¿logramos reaccionar sin animosidad y perdonar de corazón a los que piden disculpas? ¡Qué difícil es perdonar! «Me las pagarás»: esta frase viene de dentro.

Cuando estamos llamados a compartir alegrías y tristezas, ¿lloramos sinceramente con los que lloran y nos regocijamos con quienes se alegran? Cuando expresamos nuestra fe, ¿lo hacemos con valentía y sencillez, sin avergonzarnos del Evangelio? Y así podemos hacernos muchas preguntas. No estamos bien, siempre tenemos que convertirnos, tener los sentimientos que Jesús tenía.

La voz del Bautista grita también hoy en los desiertos de la humanidad, que son —¿cuáles son los desiertos de hoy?— **las mentes cerradas y los corazones duros**, y esa voz, hace que nos preguntemos si en realidad estamos en el buen camino, viviendo una vida según el Evangelio. Hoy, como entonces, nos advierte con las palabras del profeta Isaías: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos» (Lc3, 4). Es una apremiante invitación a abrir el corazón y acoger la salvación que Dios nos ofrece incesantemente, casi con terquedad, porque nos quiere a todos libres de la esclavitud del pecado.

Pero el texto del profeta expande esa voz, preanunciando que «toda carne verá la salvación de Dios» (Lc 3, 6). Ninguno de nosotros puede decir: «Yo soy santo, yo soy perfecto, yo ya estoy salvado». **No**. Siempre debemos acoger este ofrecimiento de la salvación. Y por ello el Año de la Misericordia: para avanzar más en este camino de la salvación, ese camino que nos ha enseñado Jesús. Dios quiere que todos los hombres se salven por medio de Jesucristo, el único mediador (cf. 1 Tim 2, 4-6).

Pero hay que tener en cuenta que, en **la raíz del olvido de la misericordia, está siempre el amor propio**. En el mundo, esto toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia. **Los lemas del amor propio, que hacen que la misericordia sea algo extraño al mundo**, son tantos y tan numerosos que con frecuencia ya no somos ni siquiera capaces de reconocerlos como límites y como pecado. He aquí porqué es necesario reconocer el hecho de ser pecadores, para reforzar en nosotros la certeza de la misericordia divina. «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia». **Esta es una oración muy bonita**. Es una oración fácil de recitar todos los días: «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia».

Queridos hermanos y hermanas, **deseo que en este Año Santo cada uno de nosotros experimente la misericordia de Dios**, para ser testigos de «lo que a Él más le gusta». ¿Es cuestión de ingenuos creer que esto pueda cambiar el mundo? Sí, humanamente hablando es de locos, pero «lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 25).

Pero tenemos que ser valientes: bajar las montañas del orgullo y la rivalidad, llenar barrancos excavados por la indiferencia y la apatía, enderezar los caminos de nuestras perezas y de nuestros compromisos. Que la Virgen María, que es Madre y sabe cómo hacerlo, nos ayude a derrumbar las barreras y los obstáculos que impiden nuestra conversión, es decir, nuestro camino hacia el Señor. ¡Sólo Él, Jesús, puede realizar todas las esperanzas del hombre!

(Todo el texto está recogido de los discursos del Papa de los días del comienzo del año de la misericordia).